

Fernando Lázaro Carreter. El Dardo en la Palabra.

«Versus»

De la crisis general de instituciones a que asistimos –desertización la ha llamado mi entrañable Rafael Alvarado– no se libra ni la Gramática. Hace mucho que señalé, con la inutilidad acostumbrada, esa extraña dolencia de lo que siempre fue más resistente a las innovaciones y al cambio lingüístico: el sistema de preposiciones (y conjunciones). Y ello, por una razón que Leibniz ya apuntaba: constituyen la *forma* de los idiomas, frente al resto del léxico, mucho más lábil, que es la *materia*. Hoy decimos que las preposiciones forman un sistema cerrado –la vieja serie escolar: *a, ante, bajo, cabe, con...*–, mientras que grandes zonas de volabulario son sistemas abiertos. Nada impide que, entre los sustantivos disponibles para designar muebles, se instale el nombre de otro mueble recién inventado. Pero los sistemas cerrados tienden a repeler la novedad: no es fácil que cambie el modo de designar los días de la semana, las partes del cuerpo o las relaciones de parentesco, aunque, en ciertos casos, existan sinónimos alternantes. Las preposiciones parecían pertenecer a estos sólidos reductos de la lengua, pero su fábrica se desmorona bajo el pico de oro de quienes hablan *postespañol*, esa inquietante quinta columna del futuro imperfecto.

En aquella vieja denuncia, señalaba, como muestra, el cese de *a* en el relato épico deportivo. Que un jugador haga falta *sobre* otro, además de sugerir una obscenidad, es un dislate de cada domingo y cada lunes. Observo ahora otro, propio de los juglares del baloncesto: «El Barcelona gana *de cinco al CAI*». O, dicho a la inversa: «El CAI pierde *de cinco*». (Oyendo esto, a sus jefes, en redacciones, radios y televisiones, les distila el gusto, como Gracián llamaba a caerse la baba.) Se trata aquí, tan sólo, de un simple cruce de cables en cerebros atropelladamente instalados. Sin embargo, cuando aseguran que sale al terreno de juego un centrocampista *en orden a* fortalecer aquel sector, ya están introduciendo un electrodo de circuito ajeno, el inglés *in*

order to, cuya corriente sacude de muerte a *para*. Les mocosuena *en orden a* a español neto, porque ignoran que, en nuestro idioma, tal locución significa otra cosa: ‘En lo tocante a, en lo que respecta a’: «En orden a la huelga de Gijón, el ministro de Industria explicó...». Y que, por tanto, no quiere decir, como en inglés, *con el propósito de*, esto es, *para*. Advierto que está muy lejos de mi intención la injusticia de achacar esta bobada tan sólo a los cronistas deportivos.

Angloparla y tendencia a la formulación más larga (pedantería), juntas o por separado, se alían hoy para inspirar proezas verbales como éstas, que todo el mundo, salvo los usuarios, reconocerán como sobrantes: «*A la vista de* (por *ante*) tantas dificultades...»; «La industria debe prepararse *de cara al* (por *para*) ingreso en el Mercado Común»; «Huyeron *a bordo de* (por *en*) un automóvil»; «*De acuerdo con* (por *según*) nuestros informes...»; «Los rumores que corren *en torno al* (por *sobre*) el suceso...»; «El partido lo ha desmentido *a través de* (por *mediante*) un comunicado»; «Hizo varias alusiones *a lo largo de* (por *en*) su discurso». Si el llanto gramatical fuese varonil, ninguno más justificado que el que inspiran nuestras pobres, cortas y viejas preposiciones.

Y ya no llanto, sino soponcio produce la última felonía: les han metido en medio, donde estaba *contra*, el horroroso *versus*. No contentos con trocarlas o desdeñarlas, los charlatanes les hacen ahora esto. Dos periódicos he leído hoy: en los dos he topado con el latinajo. Un libro de sociología he consultado: allí estaba, en un provocativo titular. Ya tenemos *versus* en casa, ya se nos ha colado a ayudar a sacarnos de ella. Loados sean los donjulianes.

No hay novedad más imbécil que este *versus*, y, por tanto, más necesaria para los imbéciles. Advierto que este último adjetivo no constituye, en mi ánimo, una injuria, sino un diagnóstico. Hablo etimológicamente, e *imbecillus* significa en latín tan sólo ‘débil de cuerpo, de espíritu, de carácter’. La acepción de ‘estúpido’ la añadieron, hace tres siglos, los franceses, y nuestros dieciochescos la adoptaron con buen acuerdo, porque hacía falta. Pero, insisto, yo

ahora me remonto, pues de latín tratamos, a su sentido antiguo. Porque muy débil de espíritu ha de ser, muy preclaramente imbécil, quien precise de *versus*.

Lo habrán visto mis lectores escrito de esa forma, o con la abreviatura *vs*. Algunos, vergonzantemente, le ponen las comillas del pudor. Maravilla que, en estos momentos en que se tiene a la lengua latina cautiva y desarmada, barrida de nuestro horizonte pedagógico y cultural, haya amanecido esta errante estrella de latinidad. No nos dejemos engañar, sin embargo: es borde. No viene del Mediterraneo, sino del Atlántico Norte (así se nombra ahora); dicho de otro modo, es puro inglés. La tomó este idioma del latín, allá por el siglo xv, como término jurídico –*Smith litiga versus Ford*–, y allí continúa alternando con *against* ‘contra’, o median-do entre dos términos de una opción (*Free trade versus protection*). Nada de esto ocurría en latín, donde *versus* funcionaba para indicar ‘en dirección a’, ‘hacia el lado de’, o, simplemente, ‘hacia’ (francés, *vers*).

Fue en el ámbito de la lengua inglesa, tan presta a acoger latinismos como a alterar su literalidad, donde la preposición latina recibió el escueto sentido de ‘contra’. Para significar «contra», los latinos y los hablantes de los diversos romances, tenían otra preposición: *contra*. Lo de *versus*, por mucha que fuera la anglofilia, no era de recibo.

Cualquier bachiller, aun sin ser Sansón Carrasco, hubiera cedido una mano antes de usarla así. Pero las torres que fueron desprecio al aire, no sufren hoy un céfiro que venga del océano: las abate. Hace unos veinte años, *versus* puso el pie en Francia. Según aseguran los lexicógrafos galos, la introdujeron, precisamente ¡los lingüistas estructuralistas!, para referirse a los términos de una oposición: «*substantif vs. verbe*». Sí, muchas veces se derrumban los palos del sombrero leyendo u oyendo a los teóricos del lenguaje: ni de lejos están libres de imbecilidad. Arguyen que ellos no

son críticos del idioma, sino arquitectos de un saber sublime. Como si un filósofo del derecho se declarara exento de cumplir la ley. Pero éste no es asunto para esta plaza: lo que aquí importa es denunciar cómo *versus* avanza ya en nuestro idioma, hombro a hombro, con una legión de invasores, como una lava letal vomitada sobre la lengua castellana.

«Sevilla *versus* Betis»; «Socialistas *versus* conservadores»; «Loción *versus* la caspa»; «*Versus* viento y marea»; el vulgarismo sublimado «*Versus* más me rasco, más me pica»; el mojigato *¡recontra!*, aún más achicado: *¡reversus!*... Etapas de un español nuevo, joven, liofilizado y aromatizado con esencia de imbecilidad. Entre iracundo y candoroso, se preguntaba el gran Rubén Darío si todos los hispanos acabaríamos hablando inglés. Pues claro.